

La Fórmula

«La espera lo ponía nervioso. Le urgía que su colega se marchara. Creía haber encontrado la combinación de factores que probarían su hipótesis. A pesar de su ansiedad, Renzo White descansaba lánguidamente en el viejo sillón mientras disfrutaba de una copa de vino. El humo del cigarrillo que fumaba inundaba poco a poco la habitación, enrojeciendo sus ojos e invitando a la melancolía, haciendo que Renzo pareciera ajeno a todo y consciente de nada. Sin embargo, su pensamiento seguía fijo en la Fórmula, motivo de su obsesión. No había nada más importante para él. Su lucha no era consigo mismo, sino contra el tiempo, el cual, en compañía de su fiel mascota, se sentía menos pesado y sin prisa.



Afuera, las grandes pantallas y los espectaculares multicolores de Times Square destellaban cobrando vida conforme atardecía, invitando a los transeúntes y automovilistas a los eventos deportivos de fin de semana. Como todos los viernes, Renzo esperó a que Lore Pérez, su investigadora asociada, se retirara. Las luces del laboratorio, programadas para apagarse automáticamente, comenzaron a atenuarse y a cambiar de color según la hora y la secuencia de la aplicación Alexa de su celular. La música disco dio paso a una más suave, mezcla de samba y jazz, que le recordaba sus años de estudiante en Río de Janeiro. En aquel entonces, se hizo famoso como resultado de su juvenil investigación que desató una polémica mundial: la creación accidental de una pastilla para tratar el Parkinson, que colateralmente inhibía la urgente necesidad de embriagarse para sentirse feliz. Cada vez

que alguien la tomaba, su dopamina incrementaba la necesidad de nuevos retos, y en lugar de permanecer sentado, sentía el impulso de correr, ayudando a metabolizar o “exudar” el poco alcohol que había ingerido y generando endorfinas que provocaban una sensación de euforia, efecto comúnmente conocido como “el subidón del corredor”. Además, como el ejercicio cardiovascular fortalecía su corazón y cerebro, la dependencia de alcohol disminuía con el tiempo. Esto no les gustó a algunos empresarios de bebidas enervantes y vetaron dicha investigación, regresándolo a su país, donde inició un nuevo estudio sobre el Alzheimer.

Tamborileando, Renzo siguió la síncopa del ritmo bossa nova hasta que vio, a través de los gruesos y polarizados cristales de seguridad, que Lore subía al auto y se marchaba. Enseguida, revisó las imágenes de las cámaras para cerciorarse de que estaba solo y, levantándose, abrió la puerta anexa a su estudio y le habló con cariño a su mascota: “Morse, morse, por aquí”. El schnauzer lo siguió y, poco después de que Renzo empezó a revisar los monitores, el perro se echó a sus pies, esperando la palabra clave. La relación con Lore se había deteriorado y poco faltaba para que Renzo renunciara a su investigación, pero necesitaba el financiamiento del gobierno para finalizar su proyecto de luz láser para retrasar el Alzheimer, y lo habían condicionado a compartir todos los resultados con ella, no obstante, lo que descubría lo guardaba celosamente para sí, escribiéndolo en su libreta.



A diferencia de la Terapia de Luz conocida en el ambiente científico, que consiste en la exposición a luz intermitente o estímulos sonoros a una frecuencia de 40 hertzios para

promover la sincronización de las ondas gamma en el cerebro, Renzo confiaba en que su investigación revolucionaría las teorías existentes y ayudaría a curar a poco más del 11.3% de todas las personas del mundo mayores de 65 años que sufrían de Alzheimer, incluido él, quien se había auto diagnosticado tres años antes y no le había dicho a nadie que lo padecía.

A pesar de los riesgos a los que se exponía por los efectos colaterales, Renzo había decidido ser su propio conejillo de Indias para avanzar por las noches en su carrera contra el tiempo y el olvido. Esto, en forma paralela a las pruebas con ratones que realizaba durante el día con Lore. La 'Fórmula', como había nombrado a su propia técnica experimental, consistía principalmente en acupuntura a base de rayos láser en lugar de agujas, los cuales programaba a ritmo sincopado de bossa nova para estimular las ondas cerebrales gamma y lograr su resonancia electroacústica, inhibiendo así el deterioro de estas, mejorando la memoria y retrasando el Alzheimer.

Después de darle la cena a Morse, Renzo se colocó los electrodos en las sienes y, por encima de ellos, los audífonos de alta fidelidad. Una vez recostado en el sillón, le dijo a Alexa: 'Pon bossa nova' y enseguida sincronizó la acupuntura de rayos láser con la música desde la aplicación que había diseñado para este fin. Una hora después, la música se detuvo y Renzo, aún recostado, revisó los datos registrados en su iPhone y le dijo la palabra clave a Morse para que con su hocico sacara la libreta de apuntes del cajón y se la llevara. El perro obedeció, y Renzo procedió a comparar las últimas lecturas obtenidas contra el historial. Observó las correlaciones y discrepancias de los resultados y las anotó cuidadosamente, repitiendo el proceso cada hora y modificando los parámetros de frecuencia, sincopado, intensidad del láser y seleccionando otra 'playlist'. Todo esto lo hacía en secreto y escribía la Fórmula con su propio código a base de una mezcla de jeroglíficos y numeración de Gödel. Desconfiaba de los registros digitales y evitaba así que los hackers y demás interesados en su proyecto se la robaran.

Tres días después, el lunes 28 de noviembre, Lore llegó muy temprano. Recordaba la fecha porque su marido le había encargado que comprara un chaleco que le ajustara a la medida. Cuando entró al laboratorio, se sorprendió del desorden que encontró. Además de papeles en el suelo, había un iPhone con la pantalla rota. Volteó a mirar a Renzo, quien seguía recostado y aún tenía los audífonos puestos; parecía sonreír y no se percató de su presencia. Vestía el chaleco al revés y tamborileaba mientras su vista se perdía en el techo. Al verlo tan abstraído, Lore gritó asustada: '¡Amor!', '¡Amor!', y Morse, al escucharla, obedeció la orden y en su hocico le llevó la libreta con las notas. Ella la tomó, leyó los apuntes y aunque no logró descifrar la Fórmula, los resultados arrojados por el experimento corroboraron las siguientes evidencias:

“ _____ es la clave. Morse no tiene preferencias”.

“El Alzheimer no respeta géneros, ya que _____ no recuerda lo que pasó”.

Además, la investigación concluyó que existía una posible alteración de la personalidad. Después del experimento, Alexa se la pasa repitiendo: “Para continuar, deposite sin colgar...”.

Lore reportó los resultados de la investigación de Renzo, quien fue hospitalizado para realizarle un exhaustivo examen de salud física y mental. Tras la acreditación de la investigación por parte de algunos expertos, Lore fue reconocida por su contribución y se consideró su trabajo para el Premio Nacional de Medicina del año siguiente. Su innovador uso de acupuntura por rayos láser, combinado con bossa nova, abrió nuevas fronteras en la investigación

Renzo fue dado de alta un mes después, con la recomendación de que no se obsesionara más con la Fórmula, y que se lo tomara con calma. Pero él, como todos los viernes, esperaba a que Lore se marchara para continuar con su investigación. Un lunes, por la tarde, parecía meditar profundamente hasta que escuchó que le decían: “Es hora de comer”. Eso hizo que volteara a verla. Era Lore, luchando por sostenerse de pie con todo y charola mientras avanzaba hacia él, temblando involuntariamente y con riesgo de tirar todo al suelo debido al Parkinson que padecía. A pesar de los años transcurridos y su deterioro psicomotor acentuado, para Renzo ella no había cambiado. Fugazmente, la recordaba tal y como la vio la primera vez: alta, bella y juvenil. Este recuerdo, inalterado por el tiempo y la enfermedad, era lo único que Lore podía agradecer en medio de la lenta despersonalización de su esposo».

“¿Y la Fórmula?”. Desafortunadamente, nadie ha podido descifrarla. _____ está muerto y Morse sigue echado a los pies de Renzo, quien todos los viernes, después de disfrutar de una copa de buen vino, escucha bossa nova recostado en su viejo sillón mecedora, esperando a que Lore se marche para continuar con su nueva “investigación”. Además de acupuntura láser, Renzo decidió experimentar con un brebaje a base de ayahuasca, bebida psicoactiva que recibe desde la Amazonia y que conoció siendo estudiante. Su enfoque terapéutico a base de alcaloides de tipo beta-carbolina contenidos en la ayahuasca, le da preferencia al crecimiento de nuevas neuronas, en lugar de la eliminación de placas de proteína beta-amiloide, principales causantes del Alzheimer.

El schnauzer, fiel compañero, parece conservar la esperanza de que ahora que Renzo toma el brebaje, tenga momentos de lucidez y lo acaricie como lo hacía antes. Al perro poco le importa la Fórmula, pero viste un chaleco al revés, como muestra de solidaridad. Además, extraña la palabra clave con la que Renzo lo mimaba. Por suerte para ambos, el nosocomio permite la convivencia con mascotas de asistencia terapéutica.

La libreta, único testimonio de esta historia, permanece en la biblioteca del Centro de Estudios de Herbolaria, a la espera de que alguien con conocimientos de jeroglíficos, numeración de Gödel y medicina, logre descifrar lo escrito por Renzo y cambie la vida del 11.3% del total de la población de 65 años o más.

“Ya deja de leer sobre lo mismo”, dijo Lore al mismo tiempo que Renzo, al sentirse descubierto, cerraba apuradamente el libro que sostenía entre sus manos. Los cuentos de su infancia lo subyugaban. En especial aquellos que hablaban de hombres excepcionales que habían transformado el mundo. Y lo mejor de todo era que aún los entendía y se entretenía con ellos, como si fuera un niño. Esto último lastimaba a Lore, quien no podía aceptar que la mente, muchos años privilegiada de su esposo, se redujera casi a la nada. Irónicamente, era un recordatorio de la fragilidad del ser humano y su intrascendencia.

“Como bibliotecario, lo que debes hacer es etiquetar los libros, no leerlos”, insistió Lore mientras ponía la charola sobre la mesa. Quería que Renzo se sujetara a una rutina, algo beneficioso en su estado.

“Te lo repito; es hora de comer y de tus pastillas”, espetó Lore, incómoda consigo misma por no controlar sus temblorosas manos. Eso la enfurecía, pero no podía hacer más, solo llorar. Extrañaba el ayer, cuando ayudaba a los demás sin titubear ni un ápice. Ahora, lo que más le preocupaba no era ella, sino saber que su incapacidad se traducía en deterioro en la salud de su esposo, que pocas veces recordaba quién era y, menos, tomar sus medicinas.

Renzo, distraído por la voz, volteó a mirar a la buena mujer cuyo rostro hacía tiempo que había olvidado. Sin embargo, esta vez sonrió al recordar a su querido schnauzer, pero Morse no estaba allí. Los momentos de lucidez son tan aislados y efímeros, que casi nadie los ve o se olvidan.

El rostro de Lore se iluminó, no lo podía creer, quizás su antiguo peinado había tenido el efecto deseado. El sacrificio de pasar horas en el salón de belleza había valido la pena. Su duro gesto denotó felicidad al pensar que su esposo la había reconocido. Hacía tiempo que no sonreía. Su expresión era la misma que cuando se casaron, temblorosa pero emocionada, sin importarle el riesgo de que Renzo manoteara y la aventara, como solía hacerlo, lo abrazó con tal ternura que las lágrimas de ambos cayeron sobre la portada del cuento, donde Morse, echado, parecía esperar a que alguno de ellos dijera la palabra clave, aquella que lo convertía en el perro más feliz de la tierra.

Las tardes continuaron, repitiéndose incesantemente, borrando uno a uno los momentos de épocas más felices, aquellas en las que el tiempo era amigo de la memoria, no su sentencia. Y aunque el nerviosismo de Renzo se manifestaba a través de sus enrojecidos ojos, irritados por el humo que salía del cigarrillo que sostenía su temblorosa mano, él descansaba en su viejo sillón mientras disfrutaba de un buen vino y, ocasionalmente, de un buen _____.

Aunque parecía que la providencia los había olvidado, un día, sin previo aviso, la monotonía de la pareja fue drásticamente interrumpida por una llamada telefónica.

“¿El doctor Renzo?”, preguntaron desde Asia Oriental, concretamente China.

Permítame”, contestó Lore, volteando a ver a su esposo, quien tenía los audífonos puestos. Sin esperar a que él atendiera, preguntó:

“¿Qué asunto?”

“Lo necesitamos como jefe de nuestra unidad de desarrollo de la nueva pastilla contra el Parkinson”.

Lore enrojeció. Por un momento pensó que esa era la solución a todos sus problemas. Esa pastilla podría curarla a ella y sería gracias a la investigación preliminar de su esposo, aquella que vetaron en los albores de su carrera. La emoción de que Renzo fuera requerido para liderar el proyecto la complacía, y sonrió llena de esperanza. Sin embargo, se detuvo, sobrecogida por una intensa corazonada. La piel se le erizó al imaginar el peso del cuidado que Renzo necesitaría en una fase probablemente más exigente de su enfermedad. Ante el temor de ese futuro, y con lágrimas en los ojos, decidió rechazar la que podría ser su cura. Quién sabe, quizás también era la última oportunidad para que su esposo viera reconocida su genialidad.

“Agradezco la invitación, pero no le interesa”, dijo y colgó. Ver a su esposo disfrutar de su copa de vino y su cigarrillo era reconfortante, y no encontraba razón para arriesgar esa tranquilidad, lo más cercano que conocía de la felicidad.

Fernando Perales.